



Horizontes Antropológicos

45 | 2016
Economía e Cultura

Entre condiciones expertas y negociaciones prácticas

la generización del dinero proveniente de las transferencias monetarias condicionadas

Martín Hornes



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/horizontes/1160>

ISSN: 1806-9983

Editor

Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS)

Edición impresa

Fecha de publicación: 29 febrero 2016

Paginación: 77-104

ISSN: 0104-7183

Referencia electrónica

Martín Hornes, « Entre condiciones expertas y negociaciones prácticas », *Horizontes Antropológicos* [En línea], 45 | 2016, Puesto en línea el 08 marzo 2016, consultado el 03 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/horizontes/1160>

ENTRE CONDICIONES EXPERTAS Y NEGOCIACIONES PRÁCTICAS: LA GENERIZACIÓN DEL DINERO PROVENIENTE DE LAS TRANSFERENCIAS MONETARIAS CONDICIONADAS

Martín Hornes*

Universidad Nacional de San Martín – Argentina

Resumen: Basados en entregas directas de dinero a los hogares pobres, las transferencias monetarias condicionadas (TMC) se han convertido en las políticas sociales predominantes en Argentina y América Latina. Los saberes expertos vinculados a las TMC pretenden construir un monopolio técnico y moral sobre el dinero transferido, otorgándole una definición unívoca ajustada a las condicionalidades de los programas. Principalmente destacan la titularidad del beneficio sobre las mujeres, en vistas a abordar las disparidades de género y por considerarlas más eficientes en el manejo del dinero. A través de la reconstrucción de los presupuestos de hogares receptores de distintas TMC, observaremos como los integrantes organizan sus dineros construyendo esquemas de clasificación y evaluación sobre el uso del mismo. Indagaremos sobre cómo dichos esquemas se constituyen a partir de las construcciones sociales del género y las negociaciones entre las condicionalidades programáticas y los significados sociales que el dinero adquiere en los hogares.

Palabras clave: saberes expertos, significados y usos del dinero, tensiones de género, transferencias monetarias condicionadas.

Abstract: Based on direct deliveries of money to poor households, conditional cash transfers (CCTS) have become the predominant social policies in Argentina and Latin America. Expert knowledge linked to the TMC to build a technical monopoly and morality on the transferred money, giving a clear definition to the conditionalities of the programs. Mainly include ownership of benefit in women, in order to address gender disparities and as more efficient in handling the money. Through the reconstruction

* Doctorando en Sociología (becario doctoral CONICET por el Centro de Estudios Sociales de la Economía, Instituto de Altos Estudios Sociales). Contacto: m_hornes@hotmail.com.

of the budgets of recipient households of various CCTS, we will observe how the members organize their money building schemes of classification and assessment on the use of the same. We probe on how such schemes are constituted from the social constructions of gender and negotiations between the programmatic conditionality and social meanings that money in households.

Keywords: conditional cash transfers, expert knowledge, meanings and uses of the money, stresses gender.

“*La mujer en la casa, el hombre en la calle...así no te meten las guampas*”¹ mencionaba Marcelo para evocar las relaciones de pareja entre el hombre y la mujer, aunque también remitía a las formas de organización en el espacio doméstico. Aquella diferenciación de espacios –“*la casa*” como espacio privado, en oposición a “*la calle*” como espacio público– introducía distinciones de género que incidían notablemente en las prácticas que organizaban las relaciones entre Marcelo y Cristina. La configuración del presupuesto económico del hogar y de las distintas prácticas económicas no escapaba a dichas distinciones.

Actualmente Marcelo y Cristina forman parte del Programa “Argentina Trabaja”.² La familia la completan sus tres hijos, Hernán y Lorena, de 26 y 22 años respectivamente, y Ayelen, de 16 años. Los dos mayores ya no viven con ellos hace tres años, aunque siguen “*ayudándolos económicamente*” –en palabras de Cristina– o, como diría Marcelo, “*corro con lastre*”, refiriéndose al peso que significa la ayuda en el presupuesto del hogar e ironizando respecto de una regla concerniente al automovilismo referida a la incorporación de una cantidad de peso extra que se realiza de forma reglamentaria sobre el auto del ganador de la última carrera.

¹ A lo largo de este texto usaré comillas y cursivas para identificar las palabras de los entrevistados y las categorías nativas que son objeto de reflexión etnográfica. Las palabras sólo entrecomilladas señalarán citas documentales o bibliográficas textuales.

² Se trata de un programa social dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la República Argentina dirigido a poblaciones vulnerables desocupadas. En la actualidad, los beneficiarios reciben una transferencia mensual de dinero de aproximadamente \$ 1600 teniendo como condición el cumplimiento de una contraprestación laboral. Para más información: <http://www.desarrollosocial.gov.ar>.

Cristina me diría en más de una oportunidad “yo acá me encargo de las compras, de administrar todo, porque si es por Marcelo va al supermercado y te trae cualquier cosa”. El lugar que ocupa Cristina en “la casa” y como administradora de la economía del hogar se asienta sobre un pasado de escasez y un miedo siempre presente a la probable carencia: “Marcelo nunca nos hizo pasar necesidad, nunca nos faltó para un plato de comida. No sé de dónde saca pero él siempre tiene. Se va un ratito y vuelve... acá tenés gorda: 100 pesos”. Marcelo parece nunca estar preocupado por la cuestión económica, porque dice que sabe cómo “cuidar a su rebaño”. “Cuidar a su rebaño”, entre otras cosas significa, “moverse” o “salir a buscarla”: “¿A qué te referís con salir a buscarla Marcelo?”, le pregunté en una ocasión con cierto tono de ingenuidad: “la plata, Tincho... en la calle hay plata. El que no labura es porque no quiere, yo salgo un ratito y me traigo 100 pesos”.

Marcelo tiene un lenguaje de códigos exquisito cuando se refiere a las formas de acceder al dinero o clasificar estrategias de ahorro: “buscarle la vuelta, el lugar... como un rompecabezas”, “siempre hay que tener un canuto” o “algo para separar de la cancha”. Un vocabulario que parece estar asociado a ese espacio que él delimita como “la calle” y adonde él recurre para obtener una “platita extra”: “El otro día necesitaba plata y me fui a caminar por (Villa) Domínico con mi bolsito de herramientas. Yo camino, me fijo, la gente siempre necesita que le hagan algo. Vi una casa que tenía los árboles para podar, le toqué y salió una viejita y le pregunté si quería que se los corte un poco. Estuve dos horas y me volví a mi casa con 80 pesos. Todo suma, Tincho”.

“La calle” parece ser para Marcelo el lugar por excelencia del hombre, mientras que “la casa” parece ser el lugar donde salvaguardar a la familia y, por ende, el espacio que debe quedar bajo la órbita y el cuidado de la figura femenina. Esta distinción de espacios, que construye límites y formas en las relaciones, recrea y repercute en la imbricada relación que existe entre las diferencias de género y las prácticas económicas. Mientras que Marcelo está en “la calle”, construye el espacio de diferenciación de un dinero con aporte mayormente masculino y que proviene de las actividades ligadas al trabajo. Este carácter activo de Marcelo en la adquisición del dinero a través del trabajo, a la vez que asegura su rol de proveedor y reproduce cierto sentido de cuidado y unidad familiar, coloca a Cristina en el lugar de la administradora de los diferentes ingresos económicos.

La situación de Marcelo y Cristina no responde a un hecho aislado, sino que resulta representativa de la mayoría de los hogares en los que concentré mi trabajo de campo etnográfico explorando los significados y usos sociales del dinero proveniente de las políticas sociales (Hornes, 2013). Durante la última década, los estados latinoamericanos multiplicaron sus intervenciones sociales centradas en transferencias monetarias condicionadas (TMC) (Lavinias, 2013). Surgidas durante los años 90' e impulsadas por los organismos internacionales de crédito (tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial), las TMC suplantaron la tradicional provisión de bienes y servicios por la entrega de dinero en efectivo a los hogares pobres con menores a cargo, estableciendo como condiciones el cumplimiento de la asistencia escolar y los controles sanitarios.

La proliferación de los programas en la región estuvo acompañada de una infinita producción de documentos por parte de los organismos internacionales y de los saberes expertos en TMC.³ Los trabajos destacaron la redefinición de la noción de protección social y su relación con las transferencias de ingresos (Repetto; Díaz, 2010; Ringold; Rofman, 2008), recomendaciones en los esquemas de formulación para garantizar el acceso de las poblaciones más vulnerables, la eficacia y eficiencia de las intervenciones (Banco Mundial, 2009), y las formas de focalización sobre los beneficiarios con la finalidad de incidir en la economía de hogares con menores a cargo y según el género del receptor de la transferencia (Enríquez, 2011; Marchionni; Conconi, 2008). Distintos informes técnicos/ gubernamentales y trabajos académicos analizaron la implementación de los programas y su impacto sobre los índices de pobreza e indigencia (Cecchini; Madariaga, 2011), como así también sobre los niveles de ingreso y vulnerabilidad en los hogares receptores (Campello; Neri, 2013) y sobre las modificaciones en pautas y acceso a distintos bienes de consumo (Radic; Rebón, 2011).

³ Seguimos la definición de Morresi y Vommaro (2011) sobre saberes expertos y dominios de expertise, ya que no se trata sólo de actores específicos vinculados a ciertas disciplinas científicas, sino a la *expertise* sobre diferentes aspectos de lo social (la economía, la cuestión social, la educación, la corrupción, etc.). La conformación de un dominio de *expertise* "supone la construcción de legitimidad del discurso experto, de los instrumentos técnicos movilizados y de los expertos como portadores de esos discursos y esos saberes. [...] La *expertise* es un tipo de actividad de intervención sobre lo social que tiene la particularidad de unir varios espacios, de modo de construir consensos durables sobre la necesidad y la justeza de ese discurso y de los dispositivos e instituciones asociadas a él." (Morresi; Vommaro, 2011, p. 14).

Frente a esta multiplicidad de abordajes sobre los programas de TMC, los organismos y saberes expertos han demostrado una continua preocupación por otorgarle una definición unívoca al dinero transferido a los hogares pobres. La noción de condicionalidad que acompaña las transferencias se transformó en el eje central de tal definición, sentando las bases sobre las inversiones destinadas a “acrecentar el capital humano” de los hogares receptores (Banco Mundial, 2009).⁴ Entre el “conjunto de argumentos de economía política”, los especialistas justifican entregar la transferencia a la madre antes que al padre por considerar que: “las mujeres tienden a dar un mejor uso a los fondos que los hombres” (Banco Mundial, 2009, p. 11) y que es “posible que los objetivos de las madres estén más alineados con los de todos sus hijos, o quizás, especialmente alineados con los de sus hijas” (Banco Mundial, 2009, p. 9).

La propuesta de este artículo es construir una mirada compleja sobre el dinero transferido a partir de las TMC, confrontando los saberes expertos sobre la condicionalidad y el género del receptor con las disposiciones y prácticas económicas de los hogares receptores. Observaremos como los integrantes organizan sus dineros construyendo esquemas de clasificación y evaluación sobre el uso del mismo. Indagaremos sobre cómo dichos esquemas se constituyen a partir de las construcciones sociales del género y exhibiremos las lógicas que organizan las negociaciones entre las condicionalidades que prescriben los programas y los significados y usos sociales que el dinero adquiere en los hogares.

Para sustentar nuestro análisis nos valdremos de la perspectiva sobre los significados y usos sociales del dinero. Desde mediados del siglo XX, la literatura antropológica y sociológica se ha empeñado en demostrar los usos múltiples del dinero y su carácter irreductible a una esfera social –el mercado– y un vínculo social –relaciones mercantiles– (Bloch; Parry, 1989; Bohannan, 1967; Dalton, 1967; Dodd, 1994; Guyer, 2004; Hart, 2005; Wilkis, 2013; Zelizer, 2009, 2011). Estos trabajos resultaron vitales para derrumbar los pre-conceptos sobre la división entre las denominadas sociedades “modernas” y “tradicionales” y superar aquellas tesis disolventes o unívocas sobre el dinero, demostrando además que las circulaciones monetarias crean y sostienen

⁴ La extensión de este trabajo no nos permite detenernos en un análisis de la teoría del capital humano. Sobre un trabajo actual que desarrolla la visión del Banco Mundial, consultar: Dallorso (2013).

relaciones entre los actores e inciden en la construcción de nuevas formas de representación del mundo social.

Considerando la particularidad de este artículo, los hallazgos de Viviana Zelizer (2009, 2011) son una referencia ineludible. En sus trabajos la autora desafía aquellas nociones que piensan al dinero sólo como medio de intercambio y objeto despersonalizado, para demostrar que en diferentes escenas y contextos su uso tiene anclajes en dimensiones sociales y morales particulares. Así propone superar las falaces premisas de una supuesta división entre las ciencias económicas y sociales que desnaturalice la oposición entre las circulaciones monetarias y las relaciones solidarias, afectivas o íntimas. Desde esta nueva concepción, el dinero no tiene una definición unívoca, sino que, por el contrario, “las personas introducen distinciones y diferenciaciones que sirven para crear y mantener significativamente diferentes grupos de relaciones sociales y que se corresponden con diferentes lazos sociales y sus significados” (Zelizer, 2009, p. 51).

Si bien Viviana Zelizer ha sido la precursora en marcar una agenda académica sobre el dinero y los vínculos íntimos más estrechos, también se destaca una vasta literatura que ha abordado la relación entre prácticas económicas y cuestiones de género. Algunos trabajos resaltaron la influencia de las dimensiones del género en la creación de prácticas y responsabilidades económicas específicas (Benería; Roldán, 1992; González de la Rocha, 2006; Guérin, 2010; Kreutzer, 2004), sobre las prácticas financieras cotidianas de las mujeres pertenecientes a zonas rurales de México (Villarreal, 2009, 2010) y el valor y el estatus del dinero dentro de las economías familiares de vendedoras ambulantes de Potosí, Bolivia (Pascale, 2009). La particularidad de este trabajo es que se suma a los pocos intentos por problematizar las tensiones de género presentes en el dinero proveniente de las políticas sociales (Eger, 2013; Eger; Damo, 2014).

Adoptaremos una perspectiva del género entendido como un sistema configurado a partir de interpretaciones culturales de las diferencias biológicas entre hombres y mujeres (Stolen, 2004, p. 32). Desde este punto de vista, analizaremos las prácticas económicas y los usos del dinero en los hogares receptores, considerando componentes del género que son concebidos como interrelacionados y evaluados uno en función del otro y viceversa: por un lado, los roles y relaciones de los hombres y las mujeres, y por otro, sus valores e ideas respecto de la masculinidad y la femineidad (Stolen, 2004, p. 32).

Se trata de indagar acerca de las circulaciones monetarias para demostrar su continuidad y correspondencia con valores de género, a la vez que se observan los procesos de generización que sostienen los actores y entendiendo a estos como “un proceso activo –no geométrico– en el cual se analizan los soportes sobre los cuales se crean y recrean ‘dualismos’ y nuevas divisiones del trabajo por género, o bien se construyen y asignan lugares basados en la generización y sexualización de los/ as integrantes de un grupo” (Partenio; Wilkis, 2010, p. 187-188).

Como mencioné anteriormente, este artículo es producto del trabajo de campo realizado en el marco de la elaboración de mi tesis de Maestría en Antropología Social. El ingreso al campo estuvo garantizado desde el año 2008 por mi desempeño como trabajador social en un programa de TMC.⁵ El mismo se llevó adelante en un barrio popular del Municipio de Avellaneda, localidad del conurbano situada al sur de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.⁶ Nos referiremos al mismo bajo el nombre ficticio de Villa Asunción, contemplando salvaguardar la identidad y la confidencialidad de las personas que se brindaron hacia la investigación.

A los fines de lograr una organización más ordenada del artículo, nos detendremos en la reconstrucción de los presupuestos de dos hogares receptores de TMC (ver Cuadro 1). Al considerar el análisis de un conjunto de prácticas económicas existentes al interior de los hogares (consumo, crédito, ahorro, fiado, etc.), nos proponemos vislumbrar de qué manera inciden las prácticas sociales, ideas e interpretaciones referidas al género en las disposiciones y practicas económicas de los hogares. Para finalizar, realizaremos algunas reflexiones sobre las condicionalidades inscriptas en los programas de TMC y las negociaciones que movilizan las construcciones sociales del género y los múltiples significados del dinero.

⁵ Utilizaremos el nombre ficticio “Jóvenes” para denominar al programa de alcance provincial. Se trata de una TMC dirigida a adolescentes de entre 12 y 21 años, y persigue el objetivo de incentivar la terminalidad educativa y/o favorecer la capacitación profesional. Para un trabajo que detalla las particularidades del caso, véase: Hornes (2014).

⁶ El Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) está conformada por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 24 partidos que componen el conurbano. El Municipio de Avellaneda es el primer partido ubicado en sentido Sur, lindante con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El mismo posee una superficie total de 54 km², y una población estimada en 342.000 habitantes, según el último censo poblacional realizado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC).

La noción de presupuestos ha sido ampliamente explorada por las ciencias económicas. Han reparado en este concepto y su vinculación con las empresas, los gobiernos, las organizaciones privadas o las familias. En áreas como la administración, contabilidad y finanzas, el uso de la palabra presupuesto va acompañada de una cantidad de supuestos teóricos y prácticos (Burbano Ruiz, 2011): la organización metódica de los ingresos, el cálculo previsible y anticipado en el tiempo, el establecimiento de prioridades estratégicas y la evaluación de la consecución de los objetivos.

En el campo de las ciencias sociales se pueden establecer los antecedentes sobre el estudio de la noción de presupuesto a partir de los enfoques cualitativos sobre las familias obreras realizados por Frederic Le Play (1879) hacia fines del siglo XIX. Otra obra fundamental sobre el estudio de los hogares es el clásico trabajo de Thomas y Znaniecki (2006) titulado *El campesino polaco en Europa y en América* (1918-1920). Otro punto de inflexión respecto de los presupuestos familiares está ligado a la aparición de la obra de Larissa Lomnitz (1989) *Cómo sobreviven los marginados*. Allí la autora da cuenta de la existencia de redes de intercambio recíproco de bienes y servicios en grupos familiares y primarios de las barridas de México. A partir del análisis de distintas formas de socialización entre las poblaciones que migran del campo a la ciudad, Lomnitz demuestra el alcance de las redes de intercambio a la vez que hace hincapié en su efectividad tanto como forma de supervivencia como de apoyo afectivo, moral y comunitario.

En este trabajo nos interesa abordar la noción de presupuesto acudiendo a dos conceptualizaciones complementarias forjadas por la sociología económica y la antropología social y a través de la discusión con autoras como Viviana Zelizer (2011) y Magdalena Villarreal (2010). Zelizer refiere a una noción de presupuestos organizada en torno al “marcaje del dinero” al interior de los hogares: se trata de un conjunto de representaciones y prácticas sobre el dinero –restricciones sobre su uso, ordenamiento, modos de control, lugares de disposición, rituales para su presentación o delimitación para usos específicos– que actúan construyendo el presupuesto y “donde cada categoría tiene reglas propias para el gasto de los fondos” (Zelizer, 2011, p. 47). Como demuestra Magdalena Villarreal en sus estudios sobre prácticas financieras de género en barrios marginados de la ciudad de Guadalajara, México, la noción de presupuestos que circulan en los hogares se relaciona más con categorías nativas como “sacar sus cuentas” y un conjunto de cálculos de oportunidades. Las prácticas financieras de los hogares se encuentran más alejadas de las perspectivas de elección racional y mucho más próximas a un conjunto de cálculos semanales donde convergen salarios bajos e ingresos inestables o por jornadas de trabajo y muchas veces predomina la imposibilidad de predecir los movimientos en dinero. Los hogares administran sus dineros, ahorran, invierten y se endeudan mientras lidian con graves problemas que se extienden desde la subsistencia diaria hasta los préstamos, favores y ayudas a familiares que se dan y se reciben. De ese modo la noción de presupuesto se traduce en expresiones como “dar vueltas” o “salir de la semana” (Villarreal, 2010, p. 408).

Cuadro 1. Prácticas sin pre-supuestos.

Cálculos sobre más cálculos

Con Miriam nos habíamos conocido mucho tiempo atrás, ya que antiguamente ella tenía un kiosco que funcionaba en el comedor de su casa. También conocía a su marido, Ernesto, tío de uno de los adolescentes que asistía al programa “Jóvenes”. La familia se completa con dos hijas mujeres de 17 y 13 años y dos varones de 7 y 5 años.

Miriam y su familia vivían en uno de los pasillos de Villa Asunción hasta que, hace aproximadamente tres años, les adjudicaron una vivienda social en la zona de reubicación en el nuevo barrio “Santo Domingo”.⁷ La vivienda cuenta con un living-comedor diario de unos nueve metros cuadrados, un patio en la parte trasera, una cocina emplazada como pasillo sobre la pared contigua al patio y una habitación de unos 10 metros cuadrados que da al frente de la casa. En el centro del living-comedor hay una mesa para seis personas y con sillas de distintos modelos que lucen bastante viejas. Frente a la mesa y sobre la pared que linda con el patio trasero se encuentra la cocina. Durante mis visitas, la casa lucía bastante desordena y lúgubre. Las paredes, despintadas y desgastadas, tenían un tono oscuro. Para entrar a la casa tenía que sortear juguetes de los hijos, la salida apresurada de alguno de ellos en bicicleta, o los saltos de bienvenida que pegaba el perro.

Compartimos tardes de largas conversaciones con Miriam. Ella se mostraba sumamente espontánea y parecía agradecerle mucho el hecho de poder dialogar sobre la economía del hogar. Más de una vez le mencioné que parecía “una calculadora científica”, ya que recordaba hasta en detalle cada uno de los gastos que había realizado en forma diaria. “*Nunca dejo de hacer mis cuentitas*” contestaba ella. Con el tiempo entendería que aquellas “*cuentitas*” a las que refería Miriam están compuestas por un complejo entramado de administración de los escasos ingresos del hogar.

Actualmente, Miriam se encuentra desocupada y percibiendo la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social (AUH) por sus cuatro hijos.⁸ Ernesto trabaja en un lavadero de autos desde las 7 de la mañana hasta

⁷ Se trata de los procesos de urbanización de villas y asentamientos impulsados en el marco del Plan Federal de Viviendas, perteneciente al Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios de la Nación Argentina. Consultar: <http://www.minplan.gov.ar>.

⁸ La política de mayor envergadura e impacto en Argentina en términos de TMC es la denominada “Asignación Universal Por Hijo para la Protección Social” (AUH) y la “AUH por Hijo con Discapacidad”. Creados bajo

las 8 de la noche en el barrio Recoleta de la ciudad de Buenos Aires. Miriam asegura que el sueldo de su marido ronda *“entre los 70 o 80 pesos por día, dependiendo de si le pide al jefe algún adelanto en la semana o si tiene alguna deuda por algo”*. Ella se refiere al sueldo de Ernesto como *“la plata gorda”*: *“esa es la plata que usamos para comprar todas las cosas de acá por día, para comer, para pagar los gastos, todo”*. Miriam lleva un registro detallado de lo que gasta por día y resulta increíble escucharla enumerar cada uno de los ingredientes de las comidas que va a hacer con su respectivo monto: *“es que somos muchos, acá tenés que cocinar para seis. Decí que Ernesto me trae, y yo armo y desarmo”* (ver Cuadro 2).

Ingreso	Egreso	Detalle
\$ 880.–		Acreditación del cobro de la AUH por los cuatro hijos.
\$ 450.–		Sueldo semanal de Ernesto. (El sueldo mensual ascendería a \$ 1.800.–).
	\$ 200.–	Pago del crédito personal asumido por Miriam para la compra de las zapatillas.
	\$ 300.–	Pago del crédito barrial asumido por Miriam para la compra de ropa en las fiestas navideñas.
	\$ 70.–	Pago de la deuda del fiado asumida por Miriam en el comercio del barrio.
El ingreso estimativo mensual del presupuesto del hogar ascendería a \$ 2.680.– El dinero proveniente de TMC representa casi el 35% del presupuesto del hogar.		

Cuadro 2. Presupuesto de Miriam y Ernesto.

el decreto P. E. N 1602/ 9, el gobierno presidido por Cristina Fernández de Kirchner anunció el lanzamiento de dichos programas a nivel nacional durante el mes de octubre de 2009. El plan comenzó a implementarse durante el primer trimestre de 2010 con el objetivo primordial de “equiparar el ingreso de aquellos niños cuyos padres no estuvieran incorporados al mercado de trabajo formal” y, por ende, “no recibieran la asignación por hijo estipulada en el régimen contributivo de asignaciones familiares” (Argentina, 2009, p. 4).

El “*armo y desarmo*” de Miriam engloba todo un conjunto de prácticas económicas sobre las cuales ella se hace responsable. Como muchos de los hogares pertenecientes a los sectores populares,⁹ Miriam y su familia deben recurrir a distintas prácticas económicas asociadas a líneas de crédito personales, por ejemplo, para acceder a la compra de un bien mueble o elementos de necesidad. Las estrategias para poder acceder a ciertos bienes recaen constantemente sobre Miriam y en consecuencia ella debe armonizar las posibilidades objetivas con las necesidades de la familia: “*de los 800 (pesos) que cobré de los créditos, tengo que pagar 200 (pesos) de la zapatilla y tengo que pagar 300 (pesos) que había sacado de ropa para las fiestas que le compré a una señora que va a La Salada*”. Estas apreciaciones revelan como Miriam debe destinar el dinero procedente de la AUH para cubrir ciertos gastos.

Cuando se trata de los gastos que pertenecen al hogar o involucran a todos los miembros del grupo familiar, Miriam prefiere hablar en singular: “*ahora tengo que juntar porque ya el salario que viene no lo puedo usar para pagar créditos, porque ya tengo que comprar las cosas para la escuela entonces y yo tengo que tratar de no tener el crédito, tratar de pagar y juntar*”.¹⁰ Esta forma se asienta sobre la división que traza Miriam entre ella y su marido, y que obedece a la condición de principal responsable del sustento económico que tiene este último: “*porque mi marido trabaja y él no sale a ningún lado. Como él dice: ‘para lo único que sirvo es para trabajar’. Él es un hombre que trabaja, trae la plata, me la pone acá, en la mesa, y me dice vos arreglate y yo me arreglo*”.

Además de los créditos personales que recaen sobre Miriam, la práctica del “*fiado*” en los almacenes del barrio, es otra de las habituales deudas que contrae para comprar alimentos o “*salir del paso*”: “*ayer se nos acabó la última mercadería que había en casa. El fiado también, ¿viste?, por ahí yo saco, saco y saco pero después por ahí yo tengo para pagar, pero en vez de pagar*

⁹ Costas Lapavitzas (2009) sostiene que ante la crisis económica mundial acaecida entre los años 2008-2009, la banca desplegó nuevas estrategias de búsqueda de ganancia a través de la proliferación de medios de créditos (difusión de tarjetas y créditos personales) destinados principalmente al consumo de los hogares. Para trabajos etnográficos que retoman esta perspectiva en relación a los hogares de sectores populares, se puede consultar: Ossandón (2012), Muller (2014) y Wilkis (2014).

¹⁰ A lo largo del trabajo de campo pude constatar que la mayoría de los hogares beneficiarios de la AUH utilizan la categoría nativa “el salario” para referirse al dinero proveniente del programa. Denominación que guarda una relación directa con el dinero que perciben los trabajadores formales por hijo en concepto de las asignaciones familiares correspondientes al régimen contributivo.

esa cuenta sería plata que yo puedo ahorrar. Es vivir día a día. Ahora debo estar debiéndole unos 70 pesos por semana, y eso trato de ir pagándoselo todos los sábados, cuando llega Ernesto con lo de la semana”.

En las charlas que tuvimos con Miriam, me llamó poderosamente la atención su referencia constante a la relación entre el presupuesto del hogar, la temporalidad de la organización de los gastos y una calculabilidad detallada y permanente.¹¹ En más de una oportunidad, Miriam aseguró que *“es un presupuesto, entre que las cosas de la escuela que la comida y mi cabeza de noche no duerme, calcula”*. Yo, por mi parte, respondía a sus palabras con pequeños comentarios como “sos como una economista” o le preguntaba si realmente perdía el sueño por tal organización del presupuesto del hogar, a lo cual Miriam respondía: *“Hay días que calculo todo y mi marido me dice... ¿qué le digo, no? ‘Estoy pensando en mañana’. Claro, lo que voy a gastar mañana, y voy pensando, bueno, a ver, para que mañana no me levante embolada y diga ‘andá comprar esto y lo otro’, entonces me pongo a pensar ‘bueno, tengo esta plata’”*.

Un claro ejemplo de la situación anteriormente mencionada es la previsibilidad que muestra Miriam para calcular el ingreso del dinero proveniente de la ayuda escolar¹² con casi cuatro meses de anticipación. Recuerdo que conversábamos una tarde de mediados del mes de enero de 2010, y Miriam ya afirmaba: *“ahora lo que me va a favorecer mucho es la ayuda escolar pero la ayuda escolar la cobro recién en abril”*. Restando casi cuatro meses para el mes de abril, compartí con ellas mis inquietudes respecto de la forma en que podía llegar a favorecerle la ayuda escolar y el monto que percibiría: *“es una vez al año, cuando empieza la escuela. No, todavía no sé nada, porque el año pasado lo habían pagado 750 (pesos) por cada chico y yo estaba cobrando*

¹¹ La noción de calculabilidad ha sido introducida por Michel Callon (1998) para discutir con aquellas nociones económicas referidas a los mecanismos de cálculos como estrictamente racionales. En contraposición, el autor afirma que los marcos de calculabilidad se generan y reproducen en las relaciones sociales de acuerdo a la interrelación de una serie de elementos: la información que poseen los agentes, sus esquemas de percepción y apreciación, y las herramientas o recursos con los que cuentan. Magdalena Villarreal retoma dichas conceptualizaciones para aplicarlas al análisis de la economía desde una perspectiva de género en las comunidades rurales mexicanas. Véase: Callon (1998) y Villarreal (2010).

¹² Me refiero al Programa de Becas extraordinarias, financiadas por el Fondo Provincial de Becas Extraordinarias, de la Dirección General de Cultura y Educación– Ministerio de Educación de la Nación Argentina. Para más información, se puede consultar la guía de programas sociales en: <http://servicios2.abc.gov.ar/lainstitucion/default.cfm>.

180 (pesos) el salario... así que este año no sé. Ahí es como que yo... si ahora en febrero me meto en crédito por las cosas del colegio, yo sé que en abril yo ya cobro eso y cubro todo, eso a mí no es que me va a... tengo que pagar, ya sé que esa plata me va a venir toda junta”.

En esta compleja tarea de organizar los gastos del hogar, Miriam tiene una aliada incondicional, su hija mayor, Milagros: *“Claro ¿viste?, por ahí le digo a ella ‘¿Cuánto dejó tu papá? Fijate y dejá algo para la noche’. Por suerte con ella siempre hacemos todas las cuentas”.* Esta alianza para organizar el dinero demuestra también una socialización de la construcción social del género que la madre transfiere a la hija. En oposición, Miriam debe lidiar con las prácticas económicas de Ernesto y la apreciación del resto de sus hijos que se refleja en comentarios del tipo *“es una rata mamá”*: *“Como me dicen ellos ‘es una rata’, no es que soy rata... economizo lo que tengo que tener. Porque Ernesto no piensa en el mañana, él piensa en hoy. Si tiene 100 (pesos) se los gasta porque no piensa en mañana, yo sí, por ahí le digo tengo 100 (pesos) gastamos 50 (pesos) y quedan 50 (pesos) para mañana, por ahí él tiene y los chicos le piden y él gasta y gasta y no se da cuenta y mañana cuando te levantás no tenés nada”.*¹³

Cabe señalar que aquella mención al *“armo y desarmo”* que hacía Miriam en uno de nuestros primeros encuentros para escenificar el uso del dinero proveniente del ingreso de Ernesto, parece dejarla aún más sujeta a una condición subjetiva y emocionalmente adversa. La supuesta libre disposición de los distintos dineros –*“el trae la plata y me la pone arriba de la mesa”*– obliga a Miriam a resolver la organización del presupuesto del hogar tomando decisiones individuales sobre un conjunto de prácticas económicas que involucran al resto de la familia soportando, en algunos casos, la descalificación de sus hijos y su marido –*“mamá es una rata”*– y transitando por momentos de intensa intranquilidad y angustia personal: *“Mi hija me dijo ‘¿Mami, qué orejas que tenés?’ y le digo ‘porque yo duermo pensando en las cuentas’. Es como que a veces la cabeza, a veces prefiero que mi cabeza se ponga en blanco pero no puedo. A veces, cuando voy a dormir, digo que se ponga en blanco para poder descansar pero no, no puedo. Hay días que sí puedo estar*

¹³ Podemos apreciar aquí lo que Isabelle Guérin (2010) y Absi Pascale (2009) denominan la dimensión sexuada de la moneda: un conjunto de derechos y obligaciones que recaen sobre los usos del dinero que se sustentan sobre construcciones sociales que naturalizan calidades altruistas de la mujer.

tranquila, como ves, yo el fin de semana estuve tranquila, porque sé que, bueno, mis cuentitas yo las pagué”.

Pero el “*armo y desarmo*” también introduce otra serie de discusiones respecto del dinero proveniente de los programas de TMC. El dinero proveniente del trabajo de Ernesto es percibido por Miriam como “*la plata gorda*”. Una denominación interesante, ya que no solo remite a la diferencia cuantitativa de este ingreso con otros existentes en el hogar, sino que introduce una clara diferenciación respecto del “*salario*”, que es la categoría utilizada para referirse al dinero proveniente de la AUH. El origen diferenciado de estos dineros va dejando distintas huellas en sus significados. Para Miriam, “*la plata gorda*” es significativa por las apreciaciones de un marido que “*para lo único que sirve es para trabajar*”. Mientras que, en contraposición a este dinero, se encuentra “*el salario*”, de menor valor y significado y que, en palabras de Miriam, sirve para “*salir del paso*”. Las categorías utilizadas por Miriam evidencian que el significado de ambos dineros está entrelazado y no existe la posibilidad de que uno exista independientemente del otro, sino que dicha diferenciación es la condición que los hace posibles.

Visualizar la existencia de dineros diferenciados es también enunciar la existencia de una articulación entre significados asociados a un dinero de los hombres –proveniente del trabajo– y un dinero a ser gestionado por las mujeres a causa de su condición de titulares de los programas de TMC y administradoras de los ingresos que conforman los presupuestos de los hogares. Trataremos de seguir explorando estas dimensiones para dar cuenta de cómo el dinero proveniente de los programas de TMC incide reconstruyendo y tensionando las relaciones de género.

Entre gustos y cuidados del dinero

Patricia tiene 38 años. La conocí en el año 2009, cuando varios de los vecinos del barrio quisieron prender fuego su casa después de que uno de sus hijos mayores hiriera con un arma de fuego a otro vecino. Luego de varios días de agresiones y amenazas, Patricia y sus hijos dejaron el barrio por un tiempo que osciló entre los ocho y diez meses. Pablo, el hijo mayor involucrado en el incidente, nunca volvió al barrio por temor a las represalias. Patricia estuvo esos ocho meses viviendo en la casa de su hermana, en Sarandí, hasta que regresó a Villa Asunción cerca del mes de julio de 2010.

Fue a mediados de enero de 2011 que nos volvimos a encontrar en Villa Asunción. Ella estaba conviviendo con su actual novio, en la casa de su suegra. Me sorprendió saber que su pareja actual era Marcelo, papá de Nahuel, uno de los adolescentes que participaba en el programa “Jóvenes”.

Actualmente, Patricia convive con Marcelo, su suegra de unos 70 años y dos hijas de 8 y 5 años de edad. La casa de la familia está ubicada en la zona del barrio denominada por los vecinos como “*Los Depa*”, producto de una urbanización del Plan Federal de Viviendas que tuvo lugar hace aproximadamente 11 años. La casa tiene un living comedor que se comunica con el patio trasero en la planta baja y dos habitaciones y un baño en la planta alta. Siempre que visité a Patricia su casa estaba limpia y ordenada y ella mostraba una preocupación constante por atenderme sin que el resto de las personas de la casa nos interrumpieran. Era habitual que durante el espacio de mi visita, Patricia delegara todas las tareas domésticas a su suegra, aunque no dejaba de supervisarla ni por un segundo: “*acordate de esto del agua del lavarropas*”, “*fijate la comida en el fuego*”, acotaba a cada rato.

El presupuesto de la familia esta conformado por ingresos económicos variados, entre los cuales se destaca una fuerte presencia del dinero proveniente de distintos programas de TMC. Patricia trabaja tres veces por semana como empleada doméstica en una casa de familia, allí ella cobra \$360 por mes “*o sea... nada*”, asegura. A su vez, percibe la AUH por sus dos hijas menores, y “*los (pesos) 80 de ella*”, como suele decir Marcelo para referirse al dinero proveniente de la transferencia otorgada por el “Plan Más Vida”.¹⁴ En lo que respecta a Marcelo, es beneficiario del programa “Argentina Trabaja”, por el cual recibe una transferencia condicionada de \$1.200 mensuales, y trabaja alrededor de cuatro horas diarias en las inmediaciones de la cancha de Arsenal de Sarandí. Por último, su madre percibe una pensión de aproximadamente \$700. Como suele afirmar Patricia: “*con eso tratamos*” (ver Cuadro 3).

¹⁴ Desde su creación en el año 1994, el “Plan Más Vida” promueve una intervención nutricional materno-infantil basada en la entrega diaria de leche y una canasta de alimentos entregada por las trabajadoras vecinales (más conocidas como “manzaneras” y “comadres”). A partir del mes de marzo de 2008, el “Plan Más Vida” “introduce un sistema de pago de un subsidio no remunerativo a las familias beneficiarias a través de la entrega de una tarjeta electrónica destinada exclusivamente a la compra de alimentos” (Dallorso, 2010, p. 142).

Ingreso	Egreso	Detalle
\$ 360.–		Salario mensual del trabajo doméstico de Patricia.
\$ 440.–		Cobro de la AUH por las dos hijas.
\$ 80.–		Transferencia Electrónica del “Plan Más Vida”.
\$ 1.200.–		TMC “Argentina Trabaja” de Marcelo.
\$ 700.–		Cobro de la pensión por invalidez de la madre de Marcelo.
	\$ 300.–	Compra mensual de mercadería en el supermercado chino.
	\$ 280.–	Compra mensual de carne en el frigorífico próximo al barrio.
Estimativamente, el ingreso total mensual del presupuesto del hogar ascendería a \$ 2.780.– El dinero proveniente de TMC representa casi el 90% del presupuesto del hogar.		

Cuadro 3. Presupuesto de Patricia y Marcelo.

Desde que volvimos a vincularnos en el mes de enero de 2011, las paradas en la casa de Patricia y Marcelo eran casi una instancia inevitable del día de trabajo de campo. No sólo porque la vivienda se encontraba de camino al sector donde fueron reubicados varios vecinos –el nuevo barrio: “Santo Domingo”– sino porque logre una afinidad particular con Marcelo tras la incorporación de Nahuel al programa “Jóvenes”. Sumado a esto, la organización de los horarios de trabajo de ambos me permitía aprovechar las mañanas para hablar con Patricia y, a partir del mediodía, cuando Marcelo finalizaba su horario de trabajo en la cooperativa, incorporarlo a él también en la conversación. Por más que Marcelo se había acostumbrado a encontrarme en su casa cuando regresaba del trabajo diario, nunca dejaba de hacer algún comentario sobre mi presencia: “¿Cómo andás amigo? ¿Qué pasa que estás con mi mujer vos?”. Muchas veces aquellas palabras estaban acompañadas por una actitud de cortesía particular que parecía perseguir el objetivo de resaltar su preeminencia en el hogar: “¿Te ofrecieron algo para tomar? ¿Gaseosa, algo? Comprá”, sentenciaba, sacando un billete de su bolsillo y entregándoselo con vehemencia a Patricia.

Lo cierto es que los encuentros en diferido tenían su atractivo. Cuando conversábamos por la mañana con Patricia, reconstruíamos todos los gastos del hogar y hablábamos de sus deseos de poder *“arreglar su casita”* y *“darse algunos gustitos”*. Pero cuando, más cerca del mediodía, llegaba Marcelo, la conversación pasaba a una sintonía totalmente distinta y predominaban las frases como *“arremangarse”* o *“cuidar el mango”*. A continuación, observaremos algunas de estas situaciones para poder tratar de identificar las desigualdades de género que se ponen en juego al momento de definir las estrategias económicas sobre el presupuesto del hogar y las formas de denominar el uso del dinero.

En lo que refería a la organización del presupuesto del hogar, al igual que Miriam Patricia no dudó en afirmar desde un primer momento que ella era *“la que maneja el dinero en el hogar. Porque sé lo que hace falta. Una más o menos sabe lo que se necesita en la casa”*. Sin embargo, ese *“manejo”* implicaba considerar los detalles de los ingresos a los que Patricia podía acceder, e ir asignando los gastos necesarios para la alimentación, los impuestos, el cuidado de sus hijas, y el añorado embellecimiento de su casa. Referirnos a los ingresos a los que Patricia podía acceder, implica tener que mencionar las negociaciones y concesiones que debía realizar con Marcelo respecto de cada uno de los significados asociados al uso del dinero.

En ese sentido, para cada uno de los ingresos existentes en el presupuesto del hogar, existía una clara y diferenciada denominación. Para Marcelo, el dinero que provenía de su trabajo en la cooperativa *“barriendo como un burro”*, es *“plata que se gana con el sudor de su frente, no se puede derrochar”*. Así, Marcelo administraba personalmente todo ese dinero para *“comprar la mercadería necesaria una vez al mes en el chino. Yo, por decirte, cobro, tenemos una cantidad de plata en el mes, por decirte, yo voy y gasto 300 pesos en mercadería, compro tanta cantidad de fideos, tanta cantidad de aceite, todo completito, todo, yo sé que te dura más o menos veintipico de días”*. Como solía decir al referirse a los ajustados números de la economía del hogar: *“si te vas de mambo con los gastos, después te aprietan los pies”*.

Sin embargo, que ese dinero fuese el producto del *“sudor de su frente”* también lo habilitaba a Marcelo a considerarlo como *“plata de él”*. Desde allí que Patricia asegurara que *“Marcelo guarda en una latita, y cuando llega el fin de semana a él le gusta tomar su cerveza y su frezee, ir por ahí”*. Si bien Patricia no podía traspasar los límites que Marcelo le imponía respecto del

dominio y uso del dinero, ella reconocía esas instancias como un lugar desde el cual negociar el uso del dinero proveniente de la AUH: *“digamos, a veces le doy y a veces no, pasa que cuando él se va, ponele, ¿no? El tipo se va a las cinco de la tarde y no vuelve hasta la una de la mañana. Si pasa algo en ese trayecto yo ¿cómo me manejo? Eso es lo que él no entiende, ¿no? ‘¿vos querés para gastar?’ No, ponele, Dios no permita, que pase una desgracia, yo tengo que salir a las corridas pidiendo plata a los vecinos”*.

Lo interesante al reparar en la jerarquización que realiza Marcelo sobre el dinero proveniente del programa “Argentina Trabaja” es la retroalimentación constante de significación que ésta guarda, con las apreciaciones sobre el dinero proveniente de los programas que percibe o las actividades que realiza Patricia. En este sentido, Patricia percibe tres tipos de dineros distintos que aparecen claramente desjerarquizados en el presupuesto del hogar: el dinero proveniente de la AUH, el dinero que percibe a través del “Plan Más Vida”, y el dinero que percibe a través de su trabajo como empleada doméstica.

En cuanto al dinero que Patricia recibe a través de la AUH, este aparece percibido como *“una ayuda, pero que no es mucho”*. Patricia separa el dinero proveniente de la AUH para distintos usos, entre los que señala como prioritarios los referidos a la alimentación y el cuidado de sus hijas: *“darles de comer, primero, comprar mercadería, comprar carne, pan todos los días, leche. A veces, bueno, ¿viste? cuando hago mercadería, bueno, ¿viste? tratamos de darle los gustos, pero ¿viste? a veces no se puede. Además ropa, crecen los chicos, ropa, zapatillas”*. También separa un monto menor que es claramente discriminado para algún gasto inesperado o imprevisto: *“guardo porque, por ejemplo, 100 pesos los guardo por si tengo una emergencia, médicos, esas cosas”*. En cuanto al dinero que percibe a través de la tarjeta electrónica del “Plan Más Vida”, es un dinero que Patricia *“no considera”*, e incluso Marcelo se refiere a este como *“los (pesos) 80 de ella”*, aunque los incluye en los gastos que él destina a la compra de mercadería: *“compro 200 pesos de carne más los \$80 de ella, son \$280 en carne”*. En último lugar, el dinero que percibe a través de su trabajo como empleada doméstica, Patricia lo identifica como un monto inexistente *“o sea... nada.”*. Esta apreciación se sostiene sobre una interpretación diferenciada del dinero que cada uno percibe en relación a las actividades laborales que realizan: *“creo que si estuviera trabajando como él trabaja, con ese sueldo, sería trabajo, pero una cosa distinta es que yo estoy trabajando en casa de familia. Y serían dos sueldos, cambiarían las cosas”*.

Es interesante reconstruir este conjunto de significados asociados al dinero para poder trascender la diferencia de valor cuantitativa de los distintos dineros existentes en el hogar y para observar cómo las desigualdades de género inciden en la construcción del significado y los usos del dinero. En este caso volvemos a observar la diferenciación del dinero establecida por la marca del género: el dinero que gana Marcelo “*barriendo como un burro*” contrasta con el dinero proveniente de las TMC que, a su vez, es clasificado por el mismo Marcelo como “*los 80 de ella*” y destinado a la compra de alimentos u otros bienes básicos o separado por Patricia para urgencias. “*Con eso tratamos*”, resumía Patricia en nuestros primeros encuentros, palabras que de alguna manera sintetizan las dinámicas que adquieren las relaciones entre ambos cuando media el dinero y las disputas concernientes sobre los distintos significados asociados al mismo.

Dichas disputas, a su vez, inscriben determinados usos del dinero. Mientras que Miriam parecía gozar de una mayor autonomía en cuanto al manejo del dinero perteneciente al presupuesto del hogar, en realidad quedaba a cargo de la gestión de recursos escasos y que la obligaban a asumir un conjunto de deudas personales para distintos fines familiares. En el caso de Patricia estas variables se revierten, ya que ella demostraba una explícita dependencia respecto de Marcelo en lo concerniente a la administración de los dineros existentes en el presupuesto del hogar. Patricia quería “*darse un gusto*”, asumir responsabilidades como las de Miriam para acceder a un crédito personal y “*arreglar su casita*”, y así desafiar el sentido “*más riguroso*” que tenía Marcelo sobre el uso del dinero. Ante esta imposibilidad, y por el hecho de tener que lidiar con la tenencia de un dinero desjerarquizado frente a los ingresos de Marcelo, Patricia solo podía enunciar sus reclamos sobre el ejercicio de ciertas prácticas económicas a escondidas o en ausencia de Marcelo: “*Yo le digo: ‘papi dale, dale, Marce...’ Pero no hay caso. Yo sé que las cosas no están para andar dándose gustos pero bueno, comprate algo, comprá algo viste. Yo aprovecho cuando él patrón no esta para comprar alguna cosita, comer un yogurt con las chicas*”.

Sea para asumir créditos personales, separar para situaciones de riego o incurrir en algunas prácticas económicas a escondidas, el dinero proveniente de las TMC aparece “*marcado*” (Zelizer, 2011) por las tensiones morales que introducen las relaciones de género. Por un lado, hay un dinero proveniente del mundo del trabajo, el cual nos conecta con las dimensiones morales

asociadas al mismo y, fundamentalmente, a la construcción de la identidad social del hombre como trabajador/ proveedor (Eger, 2013). Tal definición, indefectiblemente, inscribe al dinero de las mujeres en universos morales signados por la definición de una identidad social que en, términos de status, se sitúa de forma equivalente o complementaria a la posición demarcada por el sexo opuesto que parte de la representación de la madre como cuidadora del universo doméstico (Fonseca, 2004; Weber, 2006). En estos marcos, ser portadoras del cobro del beneficio de la AUH convierte a las mujeres en las responsables de gestionar tal dinero, pero sin dejar de descuidar el espacio del hogar.

Un fondo común, que no resulta tan común...

Viviana Zelizer utiliza la denominación de “monedas domésticas” para referirse a esas distintas clases de dineros: “los hogares tradicionales consideran los fondos del ama de casa como una clase de dinero muy distinta a la asignación de los hijos o al dinero personal del marido. Se usa de una manera muy diferente, se adjudica de modos especiales y su cantidad se establece según cálculos que tienen que ver tanto con el género como con la clase social” (Zelizer, 2011, p. 44). Las reconstrucciones etnográficas que realizamos no distan mucho de esta clasificación.

Recorriendo los presupuestos de Miriam y Patricia encontramos un denominador común en la diferenciación de los dineros como condición necesaria para otorgarles un significado: el dinero proveniente del trabajo asociado al universo masculino, contrapuesto al dinero proveniente de los programas de TMC y circunscripto al universo femenino. Sosteniendo y favoreciendo esta diferenciación, encontramos una serie de valores morales y sociales asociados, por un lado, al sacrificio y el esfuerzo en el trabajo –“*barriendo como un burro*”– y, por otro lado, a la reproducción y el cuidado del hogar –“*arreglárselas*” o “*darse un gustito*”.

Sin embargo, tal como observamos en las situaciones etnográficas analizadas, la diferenciación de estos tipos de dineros se vuelve una de las condiciones que permite establecer la existencia de ambos. Una vez establecidos los significados precisos de esos dineros, observamos distintas disputas sobre sus usos. Desde los esquemas de apreciación masculinos, el dinero proveniente del trabajo debía estar claramente diferenciado para la adquisición de los alimentos o el pago de servicios del hogar. Mientras que desde los esquemas

femeninos, al hecho de tener que lidiar con la administración de un dinero escaso para la satisfacción de las necesidades del hogar, se sumaban todo un conjunto de prácticas –“*separar*”, “*calcular todo el día*” o “*gastar a escondidas*”– referidas al dinero proveniente de las TMC.

A partir de esta trama de significados y usos asociados al dinero pretendemos demostrar la presencia de las tensiones morales de las relaciones de género: la existencia de estos dos tipos de dinero interpela y reconstruye las relaciones de género. En los presupuestos de los hogares señalados, la articulación entre dineros marcados como del hombre (trabajo) y de la mujer (programas de TMC) condiciona un conjunto de prácticas económicas. En el caso de Miriam, pudimos observar una explícita enunciación de autonomía e independencia respecto del manejo de los ingresos y dineros circulantes en el hogar: “*yo armo y desarmo*”. Sin embargo, la autonomía de Miriam se desvanece ante la presencia de un dinero que la lleva a asumir individualmente la gestión de una serie de deudas familiares. En el caso de Patricia, mientras la dependencia para con Marcelo respecto del uso del dinero se muestra de forma explícita, la habilita implícitamente a contar con un margen de disimulación y maniobra donde “*separar*” o “*gastar a escondidas*”.

Observar el ingreso del dinero proveniente de los programas de TMC, y la incidencia del mismo en las relaciones de género al interior de los hogares, nos lleva a las nociones de condicionalidad establecidas por los expertos y la preferencia de la mujer como portadora de la titularidad del beneficio. Entre los argumentos esgrimidos al interior de los programas, los técnicos justifican el sentido de las transferencias sosteniendo que: “las mujeres tienden a dar un mejor uso a los fondos que los hombres” y que este control del dinero se convierte en “una manera de abordar disparidades de género ineficientes e injustas” (Banco Mundial, 2009, p. 10-11). Tales argumentos ponen en el centro del debate una visión del hombre como modelo de principal-agente de reproducción del hogar, a la vez que reproducen una visión del género femenino como protector de la infancia y principal responsable de la crianza de los niños.

Un análisis cualitativo como el que estamos ensayando en este trabajo, nos pone en pleno debate con los argumentos esgrimidos por los saberes expertos en programas de TMC. Lejos de responder a los patrones esperados por los técnicos, donde prevalezcan las inversiones en capital humano de los menores del hogar o donde predomine la autonomía de la mujer en el uso del dinero, las prácticas sociales y culturales específicas de estos grupos

resignifican las condiciones de las transferencias monetarias. En este sentido, quizás resulte más interesante abrir un interrogante sobre la disputa entre los distintos tipos de condicionalidades: las condicionalidades de origen establecidas por los programas y aquellas constituidas al interior de los hogares receptores sobre la tensión existente en las relaciones de género y los usos sociales del dinero.

Como observamos en los casos de Miriam y Patricia, el dinero de los programas de TMC se articula con otros dineros existentes en el hogar, tornándose así diferencial y significativo. Lejos de tener el significado unívoco y el uso predeterminado que las condicionalidades de origen intentan imprimirle, el dinero es colocado por los agentes en muchas relaciones y en casos como estos, actúa tensionando las relaciones de género. Se usa de una manera muy diferente al dinero proveniente del trabajo y pasa a ser gestionado por las mujeres dentro del presupuesto del hogar. Así, la posesión de la titularidad de los programas introduce otros significados que exceden los establecidos por dichos programas y la administración de ese dinero específico tiende a la feminización de ciertas prácticas económicas.

En este sentido, los valores morales que marcan la generización del dinero “operan mutualizando el dinero de las mujeres a otros recursos existentes en el hogar” (Weber, 2006 apud Wilkis, 2013, p. 47). Tal es el caso de Miriam, que tiene que asumir ciertas prácticas de reproducción del endeudamiento como una de las condiciones para sobrellevar la organización y distribución del dinero circundante al presupuesto del hogar, recurriendo constantemente a dineros provenientes de las TMC. Por su parte, Patricia, aún no pudiendo acceder a ese endeudamiento para “*darse un gustito*” recurre al acto de “*separar*” el dinero proveniente de la AUH para obtener así el margen de maniobra que le permita evadir circunstancialmente la mutualización de sus dineros.

Como lo demuestran nuestras notas, la mutualización del dinero no es homogénea para todas las relaciones. Los dineros que se integran al presupuesto de los hogares por el lado de los hombres pueden diferenciarse. Bajo la construcción de la identidad social del trabajador, se construye una doble honorabilidad masculina centrada, por un lado, en la provisión y, por otro, en una mayor autonomía y libertad en el manejo y la utilización del dinero. Observar las categorías de clasificación utilizadas para hablar del dinero de los hombres o de las mujeres, nos permite visibilizar la existencia de transferencias

intrafamiliares que son posibles y se sostienen a partir de la continuidad que se establece entre la valorización económica y moral de ciertas “obligaciones y responsabilidades generizadas amarradas a una división sexo-genérica” (Partenio; Wikis, 2010, p. 193).

Aproximarnos a las operaciones de generización del dinero proveniente de los programas de TMC implica observar la presencia de un dinero que tensiona las relaciones de género al interior de los hogares y, a su vez, ofrece una discusión práctica desde las categorías nativas a los supuestos saberes expertos. En este sentido, este artículo fue un intento por aportar herramientas a dos dimensiones centrales de la etnografía económica (Weber; Dufy, 2009): por un lado, comprender que las prácticas económicas de los actores no están “hostilmente” separadas de otras esferas de la vida social y, por otro lado, trascender cualquier definición teórica construida a priori para interpretar las “prácticas e ideas ordinarias” (Neiburg, 2008) o “cálculos ordinarios” (Weber, 2002) que los agentes movilizan en distintos escenarios sociales.

Referencias

ABSI, P. Trabajo, género e ingresos entre las comerciantes minoristas de Potosí. *T'inkazos*, La Paz, n. 26, p. 69-90, jun. 2009.

ARGENTINA. Ministerio de Economía y de Finanzas Públicas. *Nota técnica n° 23: Asignación Universal por Hijo en Argentina*. Cuaderno Empleo e Ingresos. Buenos Aires, 2009. Disponible en: <[http://www.economia.gob.ar/peconomica/informe/notas_tecnicas/23 NOTA TECNICA Empleo e Ingresos inf 70.pdf](http://www.economia.gob.ar/peconomica/informe/notas_tecnicas/23_NOTA_TECNICA_Empleo_e_Ingresos_inf_70.pdf)>. Acceso el: 10 abr. 2015.

BANCO MUNDIAL. *Transferencias monetarias condicionadas: reduciendo la pobreza actual y futura*. Washington DC, 2009.

BENERÍA, L.; ROLDÁN, M. *Las encrucijadas de clase y género: trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México/FCE, 1992.

BLOCH, M.; PARRY, J. (Ed.). *Money and morality of exchange*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

BOHANNAN, P. The impact of money on an African subsistence economy. In: DALTON, G. (Ed.). *Tribal and peasant economies: readings in economic anthropology*. New York: The Natural History Press, 1967. p. 123-135.

BURBANO RUIZ, J. *Presupuestos: un enfoque de direccionamiento estratégico, gestión y control de recursos*. México: McGraw-Hill, 2011.

CALLON, M. *The laws of the markets*. Oxford: Blackwell, 1998.

CAMPELLO, T.; NERI, M. (Org.). *Programa Bolsa Família: uma década de inclusão e cidadania*. Brasília: Ipea, 2013.

CECCHINI, S.; MADARIAGA, A. *Programas de transferencias condicionadas: balance de la experiencia reciente en América Latina y El Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, 2011. (Cuadernos de la CEPAL n. 95).

DALLORSO, N. *Manzaneras y comadres: continuidades y transformaciones en las intervenciones gubernamentales: de la protección materno-infantil a las transferencias monetarias condicionadas (Conurbano Bonaerense 2005-2009)*. 2010. Tesis (Doctorado en Ciencias Sociales)–Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2010.

DALLORSO, N. La teoría del capital humano en la visión del Banco Mundial sobre las Transferencias Monetarias Condicionadas. *Estudios Sociológicos*, México, v. 31, n. 91, p. 113-139, ene./abr. 2013.

DALTON, G. (Ed.). *Tribal and peasant economies: readings in economic anthropology*. New York: The Natural History Press, 1967.

DODD, N. *The sociology of money*. Cambridge: Polity, 1994.

EGER, T. J. *Dinheiro e moralidade no Bolsa Família: uma perspectiva etnográfica*. 2013. Dissertação (Mestrado em Antropologia Social)–Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2013.

EGER, T. J.; DAMO, A. S. Money and morality in the Bolsa Família. *Vibrant*, Brasília, v. 11, n. 1, p. 250-284, jun. 2014.

ENRÍQUEZ, C. *Programas de transferencias condicionadas de ingreso e igualdad de género: ¿En que anda América Latina?*. Santiago de Chile: CEPAL, 2011. (Serie Mujer y Desarrollo).

FONSECA, C. *Família, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da UFRGS, 2004.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. *Familias y política social en México: el caso de oportunidades*. Austin: University of Texas, 2006.

GUÉRIN, I. Las mujeres pobres y su dinero: entre la supervivencia cotidiana, la vida privada, las obligaciones familiares y las normas sociales. *La ventana: Revista de estudios de género*, Guadalajara, v. 4, n. 32, p. 7-51, jul./dic. 2010.

GUYER, J. *Marginal gains: monetary transactions in Atlantic Africa*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004.

HART, K. Money: one anthropologist's view. In: CARRIER, J. (Ed.) *Handbook of economic anthropology*. Cheltenham: Edward Elgar, 2005. p. 160-175.

HORNES, M. *Transferencias monetarias condicionadas (TMC): de los saberes expertos a los sentidos plurales del dinero*. 2013. Tesis (Maestría en Antropología Social)–Instituto de Desarrollo Económico y Social/Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 2013.

HORNES, M. Etnografiar políticas sociales. Reflexiones de una conversión disciplinar. *Anuario Antropología Social y Cultural en Uruguay*, Montevideo, v. 12, p. 215-228, 2014. Disponible en: <<http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/FIELD/Montevideo/pdf/SHS-AnuarioAntropologia2014.pdf>>. Acceso el: 10 abr. 2015.

KREUTZER, S. Una mujer con dinero es peligrosa. Cuestiones de género en el manejo del dinero y la deuda a nivel familiar. In: VILLARREAL, M. (Coord.). *Antropología de la deuda: crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas*. México: CIESAS: Miguel Ángel Porrúa, 2004. p. 143-178.

LAPAVITZAS, C. *El capitalismo financiarizado: expansión y crisis*. Barcelona: Maia, 2009.

LAVINAS, L. 21st century welfare. *New Left Review*, London, n. 84, p. 5-40, Nov./Dec. 2013.

LE PLAY, F. *Les ouvriers européens*. Paris: Alfred Mame et Fils, 1879.

LOMNITZ, L. *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI, 1989.

MARCHIONNI, M.; CONCONI, A. ¿Qué y a quien? Beneficios y beneficiarios de los programas de transferencia condicionada de ingreso. In: CRUCES, G. et al. (Ed.). *Los programas sociales en Argentina hacia el Bicentenario: visiones y perspectivas*. Buenos Aires: Banco Mundial, 2008. p. 199-234.

MORRESI, S.; VOMMARO, G. *Saber lo que se hace: expertos y política en Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento: Prometeo Libros, 2011.

MULLER, L. Negotiating debts and gifts: financialization policies and the economic experiences of low-income social groups in Brazil. *Vibrant*, Brasília, v. 11, n. 1, p. 191-221, jun. 2014.

NEIBURG, F. Inflación, monedas enfermas y números públicos. *Revista Crítica en Desarrollo*, Buenos Aires, n. 2, p. 93-130, jun. 2008.

OSSANDÓN, J. (Ed.). *Destapando la caja negra: sociología de los créditos de consumo en Chile*. Santiago de Chile: ICSO, 2012.

PARTENIO, F.; WILKIS, A. Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares. *La ventana: Revista de estudios de género*, v. 4, n. 32, p. 177-213, jul./dic. 2010.

RADIC, A.; REBÓN, M. *Características y consumos de las familias que reciben la Asignación Universal por Hijo*. Buenos Aires: Grupo Pharos, 2011.

REPETTO, F.; DÍAZ, G. *El papel de la Asignación Universal en la construcción de un Sistema de Protección Social Integral*. Documento de trabajo n. 55. Buenos Aires: CIPPEC, dic. 2010.

RINGOLD, D.; ROFMAN, R. Argentina: Políticas de transferencias de ingresos hacia el Bicentenario. In: CRUCES, G. et al. (Ed.). *Los programas sociales en Argentina hacia el Bicentenario: visiones y perspectivas*. Buenos Aires: Banco Mundial, 2008. p. 25-47.

STOLEN, K. *La decencia de la desigualdad: género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

THOMAS, W.; ZNANIECKI, F. *El campesino polaco en Europa y en América*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

VILLARREAL, M. *Mujeres, finanzas sociales y violencia económica en zonas marginadas de Guadalajara*. Guadalajara: Instituto Jalisciense de las Mujeres: Instituto Municipal de las Mujeres de Guadalajara, 2009.

VILLARREAL, M. Cálculos financieros y fronteras sociales en una economía de deuda y moralla. *Civitas*, Porto Alegre, v. 10, n. 3, p. 392-409, set./dez. 2010.

WEBER, F. Práticas económicas e formas ordinárias de cálculo. *Mana*, Rio de Janeiro, v. 8, n. 2, p. 151-182, out. 2002.

WEBER, F. Lares de cuidado e linhas de sucessão: algumas indicações etnográficas na Francia. *Mana*, Rio de Janeiro, v. 12, n. 2, p. 479-502, 2006.

WEBER, F.; DUFY, C. *Más allá de la Gran División: sociología, economía y etnografía*. Buenos Aires: Antropofagia, 2009.

WILKIS, A. *Las sospechas del dinero: moral y economía en la vida popular*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

WILKIS, A. Sociología del crédito y economía de las clases populares. *Revista Mexicana de Sociología*, México, v. 76, n. 2, p. 225-252, abr./jun. 2014.

ZELIZER, V. *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

ZELIZER, V. *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Recebido em: 30/04/2015

Aprovado em: 05/10/2015